

## VÍNCULOS E INTIMIDAD<sup>1</sup>

Stefano Bolognini\*

Las raíces etimológicas son los antiguos contenedores del significado, y la búsqueda de ellas es siempre orientativamente enriquecedora.

Dado que el tema principal del Congreso se enfoca sobre el “Vínculo”, mientras este Panel es específicamente la conjugación con la “Intimidad”, sigo el criterio metodológico de la investigación etimológica preliminar con respecto a este último término:

“Íntimo” proviene del latín “intra” (=dentro).

“Intimus” (“lo más adentro posible”) es el superlativo absoluto de “internus” (lo que está adentro), mientras que en “interior” (más adentro que cualquier otra cosa, mas no en lo más adentro en absoluto) está el comparativo.

La intimidad es la dimensión relacional en la cual los mundos internos de los seres humanos pueden comunicarse fisiológicamente entre ellos e intercambiar contenidos, sensaciones y pensamientos; los infantes, desde su nacimiento tienen una necesidad absoluta de intercambiar (corporal y psíquicamente) con alguna persona que los provea de lo necesario para su desarrollo y para la vida.

La fase fusional fisiológica, prototipo de la intimidad, es un pasaje fundamental en la relación madre-niño, una experiencia primaria absolutamente necesaria que construye una capacidad relacional y organiza estados del Ser durables y profundamente vitales.

---

1 Ponencia del XIV Congreso Peruano de Psicoanálisis: Vínculos y Soledades. Sociedad Peruana de Psicoanálisis. Lima, setiembre 2015.

\* Psiquiatra y psicoanalista didacta de la Sociedad Psicoanalítica Italiana. Actual Presidente de la Sociedad Psicoanalítica Internacional.  
<dott.stefano.bolognini@gmail.com>

Los términos “simbiosis” y “fusional” son aún mencionados en la mayoría de los casos, en trabajos psicoanalíticos en sentido mayormente patológico, sobre todo referidos a los éxitos fijativos, parasitarios y en mayor o menor grado secretamente manipulativos; y no en sentido fisiológico, para los aspectos sanos y necesarios, constitutivos y fundantes, que corresponden a una necesidad en el desarrollo y que generan una dotación específica, un patrimonio del sujeto.

En ciertos *reportes* clínicos el énfasis no recae específicamente en que la experiencia fusional no haya sido vivida adecuadamente en el debido tiempo y por consiguiente falte una capacidad que le permita ser revivida de forma apropiada en las edades sucesivas; mas bien recae en (que en la mayoría de las veces es una consecuencia obvia) que tal experiencia se busque, sin éxito y con una fijación insistente, de manera no adecuada a la condición adulta.

En la práctica, este comportamiento insistente a veces se presenta en la clínica como “el problema” y no como un indicio del problema subyacente: son esas situaciones en las que el analista trata de “hacer entender” al paciente algo que en cambio debería ayudarlo a experimentar.

Los intercambios corporales entre mundos internos proveen movimientos y pasajes bi-direccionales de afuera hacia adentro y de adentro hacia afuera; intercambios nutritivos, evacuativos, genitales, que implican funciones de reconocimiento de la necesidad, de emparejamiento fusional, de fertilización, de transformación, etc.

Esta modalidad vital de intercambio íntimo se mantiene en el tiempo, en el curso de la existencia, transformándose parcialmente, en el día a día, en la continua búsqueda inconsciente “bajo sospecha” de los equivalentes psíquicos de lo que era corporal en las fases evolutivas pre-simbólicas, o viceversa en la sustitución con elementos concretos de lo faltante, en el presente, en el intercambio interno con el otro; y el psicoanálisis es también —entre sus varios aspectos— la ciencia que estudia, trata y a su vez utiliza estos procesos, a un nivel intra e inter-psíquico.

De hecho las personas buscan —más o menos conflictivamente— la intimidad a lo largo de la vida.

Esto se ve en los contactos cotidianos, se escucha en casi todas las letras de las canciones, se encuentra dramáticamente y en modo condensado en los encuentros clínicos, en los cuales las necesidades y las defensas se manifiestan y se contrastan incesantemente entre ellas, oscilando entre apertura y cierre, entre cercanía y alejamiento, entre contacto y distancia.

Las personas, mayormente sin saberlo, crean y destruyen incesantemente micro simbiosis o fusionalidades ocasionales, poniendo en juego sus capacidades para organizar su potencialidad de acoplamiento psíquico en varios niveles.

Tenemos una necesidad común de intimidad psíquica compartida para alimentar, oxigenar y movilizar en modo re-combinatorio nuestro mundo interno; aunque mayormente se tienda a negar conscientemente esa necesidad, sobre todo cuando la propia organización defensiva se orienta hacia fantasías omnipotentes de autosuficiencia y de perfil narcisista anti-objetal (como sucede, por ejemplo, en las anorexias).

Si imaginamos gráficamente una línea que une el sujeto con el objeto y que define la distancia entre ellos, podemos inclusive representar el baricentro de la investidura libidinal y narcisista del sujeto más o menos movido hacia ellos o hacia el objeto: existen personas que se organizan autónomamente reteniendo el baricentro hacia ellos, mientras que otras personas (híper-dependientes) lo hacen prácticamente coincidir con el objeto, con lo cual pierden el balance excesivamente; y otras (sobretudo las más sanas) lo colocan en un área intermedia, manteniendo la posibilidad de movimiento en una u otra dirección.

Esta imagen nos será útil cuando nos ocupemos específicamente de la relación entre vínculo e intimidad.

El desarrollo natural provee a las vías de pasaje de lo externo a lo interno (y viceversa) de tejidos tegumentales especiales, las mucosas, que tienen la función de proveer un ambiente intermedio en el cual los intercambios puedan realizarse fluidamente y en el cual las sustancias puedan fluir de un sujeto al otro de modo pro-activo, si el intercambio es deseado y aceptado por ambas partes.

Mi contribución (Bolognini, 2008) ha consistido en hacer evidentes los equivalentes psíquicos de estos procesos inter-corporales y en contextualizarlos en el proceso psicoanalítico, con inevitables repercusiones sobre la teoría de la técnica.

Quiero subrayar que nos encontramos en un ámbito de eventos que emergen de la tan importante área del apego, pues implican de modo específico los intercambios de contenidos internos

La intimidad es la dimensión natural del intercambio inter-psíquico profundo, en una atmosfera compartida en la cual cada sujeto puede alternar procesos primarios y procesos secundarios sin miedo y sin vergüenza, modulando la regresión en armonía con los movimientos internos del otro.

El analista se posiciona idealmente en los “lugares” interpsíquicos equivalentes a las zonas de las mucosas: es allí donde las interpretaciones, las puestas

en evidencia, las confrontaciones, las interacciones (verbales) pueden resultar útiles o dañinas, eficaces o impotentes, aceptables o inaceptables, según las premisas intrapsíquicas inconscientes individuales y los desarrollos relacionales que se realicen en las diversas situaciones; ahí donde el pasaje del “dentro” de uno al “dentro” del otro pueden de hecho abrirse o cerrarse, más allá de las intenciones conscientes y de las convicciones teóricas del analista.

Así como la empatía y la *reverie*, la intimidad no puede ser establecida por mandato y por estatuto teórico en el análisis: requiere usualmente, una serie de condiciones aparentemente simples pero que en la realidad son mucho más complejas, y un eventual trabajo compartido en su construcción, en caso de su ausencia al inicio.

Se necesita que al menos uno de los dos haya tenido antes una experiencia directa de intimidad inter-psíquica, exactamente como en la vida común: la teoría no sirve de mucho, si el analista no ha conocido suficientemente cómo y cuándo el pasaje de cualquier cosa de un mundo interno a otro se hace posible.

### **Ejemplo elemental de equivalencia psíquica de una condición corporal**

Las reglas de nutrición establecen que cada niño según su edad debería alimentarse todos los días con una cierta cantidad de proteínas, grasas y azúcares.

La técnica psicoanalítica, siendo distinta según las varias escuelas, nos ha entregado indicaciones diversas acerca del suministro de interpretaciones; muchas cosas han cambiado en las últimas décadas, pero resulta difícil olvidar ejemplos connotados de interpretaciones dadas a pacientes más por convicción teórica del analista que por su sintonía con las necesidades, con los deseos y con el estado de la organización defensiva del paciente.

Dicho en otros términos, ha existido casos en los cuales se pretendía que el niño interno “comiese a pesar de no tener hambre”, si tenía el estómago cerrado o aún si tenía dolor de estómago (es decir, si aún se encontraba ocupado e indigesto por comidas anteriores no digeridas); y aún permanece una cierta tendencia, en ciertas supervisiones o discusiones clínicas, a calificar que “... aquí ha faltado la interpretación”, en vez de evaluar si existían o no las condiciones adecuadas para proponérsela al paciente.

Por ejemplo, resulta evidente, en ciertos casos de supervisión, cómo el analista que no tiene suficiente manejo con las necesidades de evacuación del paciente, (a menudo poco satisfactorias para el sentido de sí del analista), tiene una cierta tendencia a *bypasearlas*; y cómo se siente “analista” sólo pudiendo formular

y suministrar interpretaciones (tal vez estando convencido de haber “realizado el ritual” correctamente, así como ciertas madres que únicamente siguen las tablas nutricionales sin percibir la compleja condición interna del niño).

Es así que, forzar un contenido (por ejemplo, una interpretación/suposición) “dentro” del otro puede ser equivalente a un acto corporal a veces inapropiado y en algunos casos inclusive violento: no produce nada de “interpsíquico”, mas bien si algo “transpsíquico”, que puede alejar gravemente al sujeto de la confianza para poder compartir la intimidad.

Lo mismo sucede a nivel genital en el caso de una relación forzada con la pareja sin tener deseo alguno o con mayor razón en casos de violación.

En general, yo creo que se puede hablar de los riesgos del “empatismo”, “reverismo” y “interpretativismo” en el psicoanálisis.

Los analistas son de todos modos, gracias a su entrenamiento, aquellos que mejor pueden comprender el incesante flujo profundo de la equivalencia simbólica entre corporalidad y psiquismo, regulándose en consecuencia en el intercambio íntimo cotidiano; que pueden, por lo tanto, evitar el concretismo de la ecuación simbólica (Segal, 1957); y que pueden desarrollar un razonamiento compartido en reconocer cuando “el niño (interno) tiene hambre” o no, cuando “sufre de dolor de estómago” o no, y así sucesivamente, procurándole al paciente lo que necesita, cuando y como se pueda, hasta lograr que se manifieste el deseo en una dimensión finalmente viable y vivible de menor urgencia y dramatismo.

La gama de equivalencias psico-corporales es naturalmente infinita, y no es éste el lugar para ennumerarlas ni describirlas al detalle, dado el tiempo que tenemos; les propongo vean algunas de las configuraciones-tipo en los ejemplos clínicos de “Pasajes secretos” (Bolognini, 2011).

A mí me interesa aquí, indicarles esta área, en su conjunto, como un campo crucial y altamente específico del trabajo psicoanalítico.

### **Intimidad y vínculo libidinal: entre fijación y fidelidad**

Desde hace algunos años prefiero desarrollar la observación partiendo de lo que funciona bastante bien en vez de lo patológico: y basándonos en este criterio podremos reflexionar sobre el hecho de que en las relaciones en las cuales se crea intimidad es generalmente más fácil que se instaure una relación estable.

Esto no significa que, hablando de una compenetración profunda, nos encontremos necesariamente en la presencia de algo bueno, vital y creativo: sabemos por ejemplo, cómo las relaciones sadomasoquistas producen lazos muy sólidos, muy difíciles de disolver.

Y tampoco esto significa que la intimidad garantice el vínculo, desde el momento en que conocemos las infinitas vicisitudes reactivas de oposición, de ataque al vínculo y de rechazo de la interdependencia que en muchos casos connota la problemática estructura de carácter (y por consecuencia las relaciones) de tantos individuos.

Sin embargo, la intimidad que consiente el acceso a las zonas más profundas del Ser (en el régimen de equivalencia cuerpo/psique) es normalmente una condición extremadamente favorable para el establecimiento de una relación continua e intensamente participativa para los sujetos que la comparten: como se da en el caso de madre e hijo, entre los miembros de una pareja —espero que nadie se escandalice— entre perro y amo, cuando la convivencia psíquica es sustancial y fuente de satisfacciones.

Un problema que los analistas encuentran con relativa frecuencia en el curso de los tratamientos se encuentra justamente en el reconocimiento de la naturaleza sana o patológica del vínculo: si en los polos extremos del rango de configuraciones relacionales, son bien reconocibles las características vitales o letales del vínculo de intimidad, se puede decir en cambio que existe una “zona gris” media de más difícil lectura y comprensión.

Me refero, por ejemplo, a todas aquellas relaciones caracterizadas por un alto grado de dependencia y de rutina diaria que se organizan en una convivencia concreta, en las cuales no se encuentran intercambios significativos de contenidos internos y no se registran transformaciones recíprocas; relaciones en las cuales existe una condición de contigüidad, pero no de real apertura de canales internos.

Para explicarla en términos corporales, que traduzcan obviamente sus correspondientes equivalentes psíquicos, son de contigüidad “de piel”, en las cuales sin embargo, “las mucosas” de apertura hacia lo interno se mantienen cerradas o secas: se convive pero cada cual se mantiene “cerrado” respecto a lo interno. Puede existir contacto, pero no intercambio. Existe costumbre pero no intimidad en el sentido etimológico.

Muchos matrimonios, fundados en el miedo a la soledad pero caracterizados por un miedo análogo al contacto interno, se organizan de este modo: son matrimonios “blancos” psicofísicos, en los cuales la equivalencia de lo corporal y lo relacional es del todo manifiesta y coherente.

El equivalente analítico de estas relaciones son aquellos análisis en los cuales el paciente va regularmente a la sesión, habla, cuenta, aparentemente asocia pero... no sucede nada! Y el análisis puede seguir así por años, si no sucede

algo entre ambos que abra el acceso a los canales internos: es decir, a la verdadera intimidad.

El vínculo formal está ahí, mas lo sustancial (en el sentido literal del intercambio de sustancias físicas o psíquicas) no; existe la relación mas no el intercambio.

En las tradiciones populares se ha cultivado siempre el uso de compartir en modo ritualizado algunos actos naturales elementales (comer juntos, beber juntos, cantar juntos, vivir bajo el mismo techo, etc.) que simboliza la creación de una familiaridad unificante, antecámara de la intimidad.

Compartir estos actos concretos simboliza el abrir juntos los canales internos, y la organización institucional de estos momentos declara por lo menos la intención —de verdad, muchas veces ilusoria y veleidosa— de crear vínculos eficaces (alianzas, tratados de paz, proyectarse conjuntamente, matrimonios, etc.).

Vínculo e intimidad, entendidos en el sentido amplio a través de los equivalentes metafóricos puestos en juego por estos rituales que los antropólogos conocen perfectamente, se entrelazan por milenios con relativo éxito.

En la relación dual la intimidad produce un vínculo cuando el baricentro de la investidura no es retenido por el sujeto para sí mismo, sino que lo hace fluctuar entre él y el objeto; cuando existe reconocimiento de la bondad de la relación y reconocimiento (es decir gratitud) hacia el objeto que es fuente de satisfacción; y cuando se desarrolla capacidad de preocupación (concern) por la suerte del objeto.

Esto liga un sujeto al objeto y, en las fases más maduras, un sujeto a otro sujeto.

Permítanme un ejemplo voluntariamente elemental, más fácilmente representable (por motivos no tan elementales) con respecto a otros ejemplos inter-humanos: como muchos, he amado profundamente a mi perro como co-sujeto dándome cuenta con los años de la riqueza, finura y profundidad de nuestros intercambios psicofísicos, hechos de sonidos, de movimientos, de contacto, de miradas y de acciones/pensamientos; una intimidad nacida y crecida en la convivencia cotidiana, de la cual los dos éramos conscientes, cada uno a su modo.

Creo que esta es la razón principal por la cual jamás habría soñado cambiarlo por otro, tal vez más bello, tal vez más joven o más espectacular: ¡él era mí perro!

Con mayor razón esto se puede verificar con la propia pareja, con los propios hijos, con los propios amigos: y subrayo propios.

Intimidad, vínculo y fidelidad se conjugan de modo natural, cuando las cosas van suficientemente bien.

Pero sabemos por Freud que la relación con un perro nos ahorra una notable serie de complejidades dado que los perros no son ambivalentes y que el baricentro de su investidura está absolutamente desbalanceado hacia nosotros.

Regresando a lo específicamente nuestro, es decir al ámbito psicoanalítico, que es mucho más complejo y difícil, quiero señalar una declaración recurrente, bastante común, pronunciada por muchos pacientes en análisis cuando el tratamiento viene siendo hecho durante un largo periodo.

Ellos dicen, de una manera aparentemente simple y casi accidental en el curso de una sesión: “No, no cambiaría jamás de analista... (pausa)... se imagina?... tendría que volver a comenzar desde el principio y contarle toda mi historia!...”

Esta frase contiene un mundo de comunicaciones en un régimen de ambivalencia parcial.

Por un lado parece afirmar algo de positivo en la relación (“...no cambiaría nunca de analista...”), transmitiéndole al analista una sensación gratificante de reconocimiento de una buena relación como para compartirla.

Sin embargo, inmediatamente redimensiona la importancia de la relación intersubjetiva e interpersonal, colocando en primer plano una cuestión pragmática de conocimiento de información (=el analista como “banco de datos”) que quita mucho significado a la relación; el analista se ubica más o menos como un funcionario, un notario que dispone de un dossier informativo que lo protege útilmente, y nada más.

Lo maravilloso es que algunos pacientes expresan este sentimiento en la sesión, con el aire de quien está convencido de incluir felizmente al otro (el analista) en un acuerdo inmediato, del tipo: “...obviamente, sé que tú puedes entenderme en esto, y que nosotros dos nos entendemos perfectamente respecto a este sentimiento, lo compartimos, no ?...”; y existe en el aire una sensación de que el paciente espera que el analista se sienta contento de esta propuesta de complicidad, sugerida por la expresión de quien ha dicho una cosa “astuta”.

El paciente normalmente no parece darse cuenta del hecho de que —instintivamente— la primera reacción del analista no puede ser sino negativa, por la desilusión de sentirse relegado exactamente a un rol tan burocrático y secundario.

Pero si el analista supera este primer escollo contratransferencial y se da cuenta de la defensa del paciente con respecto a su propia vivencia, de lo intensa, profunda, importante, diría irremediable relación que lo une al analista, y que va mucho más allá de la simple función de “banco de datos”, entonces la música cambia.



El analista puede darse cuenta de que el paciente está manifestando un bastión narcisista que se levanta para no sentir plenamente la relación; o, en algunos casos más benignos, que está haciendo cuentas con su propio pudor en el comunicarle al analista algo más profundo y sustancial.

El paciente está inconscientemente diciéndole al analista, de modo extraño y paradójico, que no lo traicionará, que le será “fiel”, porque ya existe una relación fundada en la intimidad; pero a su vez le está diciendo, sin darse cuenta, que aquella intimidad no es completa, que aún queda trabajo por hacer, porque el paciente tiene miedo o se avergüenza de esa creciente intimidad y de esa relación que lo consigue de modo casi inevitable.

### Referencias bibliográficas

- Segal, H. (1957). Notes on symbol formation. *International Journal of Psychoanalysis*, 38:391-7.
- Bolognini, S. (2008). *Passagi segreti. Teoria e tecnica della relazione intersichica*. Bollati Boringhieri.

### Resumen

El presente trabajo se remite a las raíces etimológicas de la intimidad para reflexionar acerca de sus implicancias en el vínculo intra e inter-personal. Desarrolla una comprensión de la intimidad fundada en procesos corporales que tienen un correlato psíquico y características propias en las diferentes facetas del desarrollo. Propone que la relación analítica sea una posibilidad de vivir una experiencia de sintonía compartida, construida a partir de una comprensión original de la modalidad de intercambio psico-fisiológica con el medio. Plantea la necesidad de alejarse de artificios teóricos defensivos para facilitar el acceso a una intimidad que no se logró en la experiencia vincular temprana.

**Palabras clave:** Vínculo, intimidad, fusión, relación objetal, narcisismo, defensa, contratransferencia, técnica psicoanalítica.

### Summary

*This paper turns to the etimological roots of intimacy to think about its relationship with the intra- and inter-personal bonds. It develops a comprehension of intimacy based on fisiological processes that have a psychic correlate and its own characteristics in the differents stages of development. Its proposal is that the analytical relationship should be a possibility to share a well sintonized experience with another subject, built on an original understanding of the*

---

*modality of psycho-physiological exchange with the environment. It demands taking distance from defensive theoretical artifacts to facilitate access to an intimacy that was not achieved in the early bonding experience.*

**Key words:** *Bonds, intimacy, fusion, object relationship, defense, countertransference, psychoanalytical technique*